la vida en quien ya existía. ¿Si no hubiese nada nuevo que hacer, dejaría de ser necesaria la inteligencia humana? ¿Sería esto una razón para que los que hacen las cosas de antigua fecha, olviden porqué las hacen y las cumpliesen como brutos y no como séres humanos? Las mejores creencias y las mejores prácticas tienen una gran tendencia á degenerar en algo mecánico; y á menos que no hubiese una serie de personas cuya originalidad siempre infatigable mantuviese la vida en estas creencias y en estas prácticas de conveniencia meramente tradicional, una cosa tan muerta no resistiría al más ligero choque de algo que viviese realmente; y no habría razón entonces para que la civilización no desapareciese como en el imperio de Bizancio. A la verdad los hombres de genio están y estarán siempre probablemente en una muy pequeña minoría; pero á fin de tenerlos es preciso conservar la tierra en que crecen. El genio no puede respirar libremente más que en una *atmósfera* de libertad. Los hombres de genio son *ex vi termini*, más individuales que los otros; menos capaces por consiguiente de amoldarse, sin una compresión perjudicial, en ninguno de los escasos moldes que la sociedad prepara para evitar á sus miembros el trabajo de formar su propio carácter.

Si por timidez consienten los hombres de genio en sujetarse á uno de estos moldes, y en que no se expansione toda aquella parte de su natural carácter que no puede dilatarse bajo tal presión, la sociedad no aprovechará nada de su genio. Pero si están dotados de una gran fuerza de carácter, y rompen sus ligaduras, se convierten al punto en mira de la sociedad; que no habiendo conseguido reducirlos al *lugar-común*, los señala con el dedo tan visiblemente como si fueran salvajes, locos ó cosa por el estilo. Esto es casi como quejarse de que el Niágara no se desliza tranquilamente en su cauce con la placidez de un canal holandés.

Si insisto con cierto énfasis en la importancia del genio y en la necesidad de dejarle desenvolverse libremente en el pensamiento y en la práctica es, porque si nadie niega la cosa en teoría, el mundo en realidad lo considera totalmente indiferente. Los hombres consideran al genio como una gran cosa, si encarna en un individuo capaz de escribir un poema inspirado ó de pintar un cuadro. Pero el genio en el verdadero sentido de la palabra, es decir, la originalidad en el pensamiento y en las acciones, aunque cada uno conviene en que es cosa digna de admirar, casi todo el mundo en el fondo de su corazón encuentra que se puede prescindir de él perfec-

tamente. Por desgracia es esto demasiado natural para que admire. La originalidad es una cosa cuya utilidad no echan de menos los espíritus no originales. No pueden ver lo que es capaz de hacer en su favor. ¿Y cómo podrían verlo? Si lo pudiesen ver ya no sería originalidad. El primer servicio que la originalidad debe prestar á semejantes espíritus, es el de abrirles los ojos; y hecho esto, pero bien á conciencia, tendrán entonces alguna probabilidad de llegar á ser originales. Y mientras tanto, bueno será que estos pobres de espíritu recuerden que nada se ha hecho aún en el mundo sin que alguno haya tenido que ser el primero en hacerlo; que todo lo bueno que existe es fruto de la originalidad; y que sean bastante modestos para creer que aún les queda algo que cumplir; y para estar convencidos de que cuanto menos sientan la necesidad de la originalidad tanto más la necesitan.

La verdad es, que cualquier homenaje que se pretenda rendir, ó que se rinda, á la superioridad intelectual, verdadera ó supuesta, la tendencia general de las cosas en el mundo es hacer de la medianía el poder dominador. En la historia antigua, en la Edad media, y también, aunque en menor grado, durante la larga transición del feudalismo á los tiempos modernos,

el individuo era un poder por sí solo; y si tenía ó grandes talentos ó una posición social elevada, este poder era considerable. Ahora los individuos se pierden en la multitud. En política es casi una tontería decir que la opinión pública gobierna actualmente el mundo. El único poder que merece este nombre es el de las masas ó el de los gobiernos que se hacen órgano de las tendencias é instintos de las masas. Esto es tan cierto para las relaciones morales y sociales de la vida privada, como para las transacciones públicas. Lo que se llama la opinión pública no es siempre la opinión de la misma clase de público. En América el público es toda la población blanca; en Inglaterra es sencillamente la de la clase media. Pero es siempre una masa; es decir una medianía colectiva. Y lo que es hoy en día una mayor novedad, es que la masa no toma sus opiniones de los altos dignatarios de la Iglesia ó del Estado, de algún jefe ostensible ó de algún libro. La opinión se forma por hombres poco más ó menos á su altura, quienes, por medio de los periódicos, se dirigen á ella ó hablan en su nombre sobre la cuestión del momento. No me quejo ciertamente de todo esto. No afirmo tampoco que nada mejor sea compatible, como regla general, con el humilde estado del espíritu humano en la actualidad. Pero esto

no impide que el gobierno de las medianias sea un gobierno mediano.

Jamás el gobierno de una democracia ó de una aristocracia numerosa, ya por sus actos políticos, ya por sus opiniones, cualidades, género de espíritu que alimenta, ha llegado á elevarse por encima de la medianía, excepto allí donde la multitud soberana se ha dejado guiar (como lo ha hecho siempre en sus mejores tiempos) por los consejos y la influencia de una minoría ó de un hombre más superiormente dotado y más instruído. La iniciación en todas las cosas prudentes y nobles viene y debe venir de los individuos; y casi siempre, desde luego, de algún individuo aislado. El honor y la gloria de la mitad del género humano es poder seguir esta iniciativa, y tener el sentido de lo que es prudente y noble, y ser conducido por este camino con los ojos abiertos. No aliento aquí esa especie de culto del héroe, que aplaude á un hombre de genio poderoso, porque se apodera por la fuerza del gobierno del mundo, y le impone de buen ó mal grado sus mandatos. Todo lo que semejante hombre puede pretender, es la libertad de enseñar el camino. El poder de forzar á los otros á seguirle es, no sólo incompatible con la libertad y el desenvolvimiento de todos los demás, sino que corrompe al mismo

hombre de genio. Parece, sin embargo, que cuando las opiniones de las masas compuestas de hombres ordinarios se han identificado ó se identifican por todas partes con el poder dominante, el contrapeso y el correctivo de esta tendencia sería la cada vez más pronunciada individualidad de los que se ciernen en las mayores alturas del pensamiento. Es, sobre todo en estas circunstancias, cuando debería alentarse á los individuos á obrar diferentemente de la masa en lugar de ponerles impedimento. En otros tiempos no había en esto ventaja, á menos que obrasen, no sólo diferentemente, sino mejor. Hoy, el sencillo ejemplo de la no conformidad, la simple negativa de arrodillarse delante de la costumbre constituye por sí sólo un servicio. Precisamente porque la tiranía de la opinión es tal que hace un crimen de la excentricidad, es de desear, á fin de romper esta tiranía, que los hombres sean excéntricos. La excentricidad y la fuerza de carácter marchan siempre á la par, y la suma de excentricidad contenida en una sociedad es generalmente proporcionada á la suma de genio, de vigor intelectual y de valor moral que encierra. Lo que marca bien el principal peligro de nuestra época, es ver tan pocos hombres que se atrevan á ser excéntricos.

He dicho ya que importa dar el más libre

impulso á las cosas no practicadas; á fin de que pueda verse al cabo de cierto tiempo las que de entre ellas merezcan pasar á convertirse en costumbres. Pero la independencia de acción y el desdén de la costumbre no merecen solamente ser alentados ante la espectativa de crear mejores procedimientos y costumbres más dignas de la adopción general. No son tampoco únicamente las personas de una superioridad intelectual muy marcada las que tienen en justicia el derecho de regir su vida como les plazca. No hay razón para que todas las existencias humanas se constituyan según un modelo único, ó según un número reducido de modelos. Si una persona posee una suma razonable de sentido común y de experiencia, su propia manera de ordenar su existencia es la mejor, no porque sea la mejor en sí, sino porque es la suya propia. Los séres humanos no son como los carneros; y, sin embargo, los carneros no se confunden de tal modo que no pueda distinguírseles. Un hombre no puede tener un traje ó un par de zapatos á su gusto, á menos que no los encargue ó que no los escoja en todo un almacén. ¿Es, pues, más fácil proporcionarle una vida que un traje? ó bien ¿la conformación física y moral de los séres humanos tiene más parecido que la forma de sus pies? Aun cuando no fuera más que por-

que los hombres no tienen todos los mismos gustos, no se debería intentar modelarlos á todos de la misma manera. Además, la diferencia en las personas implica diferencia en las condiciones necesarias para el desenvolvimiento intelectual, y no pueden tampoco existir sanamente en la misma atmósfera moral, como no pueden todas las variedades de las plantas existir bajo el mismo clima. Las mismas cosas que ayudan á una persona á cultivar su naturaleza superior son obstáculos para otras. La misma manera de vivir es para uno una saludable excitación que mantiene en el mejor estado sus facultades de obrar y de gozar, mientras que para otro es una carga espantosa que suspende ó destruye su vida interior. Hay tales diferencias entre los hombres en su modo de gozar, sufrir y experimentar el efecto de las diversas influencias físicas y morales, que si no hay semejante diversidad en su manera de vivir, no podrán ni obtener toda la parte de felicidad que les corresponde, ni llegar al grado de perfección intelectual, moral y estética de que es capaz su naturaleza. ¿Por qué, pues, la tolerancia, siempre que se trata del sentimiento público, se extiende solamente á los gustos y á las maneras de vivir que se hacen aceptar por la multitud de sus partidarios? En ninguna par-

te (excepto en los institutos monásticos) se niega completamente la diversidad de gustos. Una persona puede, sin incurrir en censuras, gustar ó no gustar del cigarro, la música, los ejercicios corporales, el ajedrez, las cartas ó el estudio, porque los partidarios y los enemigos de todas estas cosas son demasiado numerosos para ser reducidos al silencio. Pero el hombre, y aún más la mujer, que puede ser acusada ó de hacer lo que nadie hace ó de no hacer lo que hace todo el mundo, son objeto de tanta censura como si hubiesen cometido algún grave atentado moral. Es preciso que las gentes tengan un título ó cualquier otra enseña que les eleve en la opinión de sus conciudadanos al nivel de las gentes de alto rango para que puedan permitirse un poco el lujo de hacer lo que les plazca, sin perjuicio de su reputación. Darse un poco he dicho, y lo repito; porque el que se permitiera ámpliamente este lujo corría el riesgo de alguna cosa peor que ser blanco de críticas deshonrosas; estaría en peligro de ser sometido á una comisión como *lunático* y de verse arrebatar su propiedad en provecho de su familia (1).

(1) Hay algo de denigrante y afrentoso en el procedimiento por el que se puede en nuestros días declarar á una persona judicialmente incapacitada para dirigir sus negocios, y después de su muerte tener por no acordada la

Hay un rasgo característico en la dirección actual de la opinión pública que consiste singularmente en hacerla intolerante con toda demostración que lleva el sello de la individualidad. En general, los hombres no tienen tan sólo una inteligencia moderada, sino también inclinaciones de este género. Carecen de gustos y

disposición testamentaria que hubiere hecho, si se encuentra con que los gastos del proceso pueden pagarse con los bienes del difunto. Todos los pequeños detalles de su vida cuotidiana son registrados; y lo que los más pobres espíritus entre los pobres descubren allí con sus facultades perceptivas y descriptivas, que no es absolutamente un *lugar común*, se exhibe delante del jurado como una prueba de locura; y frecuentemente con éxito. Los jurados son casi tan ignorantes como los testigos; mientras que los jueces, no sabiendo nada de la naturaleza y de la vida humana, lo que de ordinario se ve entre los legistas ingleses, contribuyen con frecuencia á inducirles á error. Estos procesos tienen el valor de un libro, que puede servir de índice del sentimiento y de la opinión vulgar con relación á la libertad humana. Lejos de atribuir algún valor á la individualidad; lejos de respetar el derecho de todo individuo de obrar en las cosas indiferentes, como su juicio y sus inclinaciones le indiquen, los jueces y los jurados no pueden concebir que una persona sana de espíritu pueda desear tal libertad. En otro tiempo, cuando se proponía quemar á los ateos, las gentes caritativas sugerían con buena voluntad la idea de que valía más encerrarlos en una casa de locos. Hoy en día no produciría admiración semejante proceder; y los autores del hecho se alabarían de haber adoptado una manera tan humana y tan cristiana de tratar á estos infortunados en lugar de perseguirles por causa religiosa; no haciéndolo por supuesto sin experimentar al propio tiempo una secreta satisfacción por haberles dado su merecido.

deseos bastante vivos para arrastrarles á hacer nada extraordinario, y, por consiguiente, no comprenden al que tiene dotes distintas: le clasifican entre esos séres extravagantes y desordenados que están acostumbrados á despreciar. Ahora, además de este hecho que es general, no tenemos sino suponer, que tan poderoso movimiento es el que nos arrastra hacia el progreso moral, y ya se sabe lo que habremos de esperar. En nuestros días se ha acentuado este movimiento, y actualmente se trabaja muchísimo para regularizar la conducta y desalentar los excesos. Hay en todas partes un espíritu filantrópico que encuentra su principal atractivo en el progreso de la moral y de la prudencia de nuestros semejantes. Por efecto de estas tendencias, el público está más dispuesto que en otras épocas á prescribir reglas generales de conducta, y á procurar reducir á cada uno al tipo aceptado. Y este tipo, dígase ó no se diga, es el de no desear nada vivamente. Su ideal en materia de carácter es no tener carácter alguno marcado; debe mutilarse por compresión, como el pie de las chinas, toda la parte saliente de la naturaleza humana que tiende á hacer una persona diferente por su exterior del común de los hombres.

Sucede en este caso lo que con todo ideal que

excluye la mitad de lo que se desea: el tipo actualmente aprobado no produce más que una imitación inferior de la otra mitad. En lugar de una gran energía, guiada por una razón vigorosa, y de sentimientos potentes poderosamente intervenidos por una voluntad consciente, no se obtiene más que una escasa energía y sentimientos débiles, que pueden por consiguiente amoldarse á la regla, al menos en lo exterior, sin necesitar gran esfuerzo ni de voluntad ni de razón. Los caracteres enérgicos en grande escala van siendo ya puramente legendarios. Ahora, en nuestro país, la energía no encuentra otro campo de acción que el de los negocios. La energía que en ellos se consume puede aún estimarse como considerable. Lo poco que queda después de esto se emplea en perseguir cualquier niñería; que puede ser una niñería útil, y aun filantrópica, pero que es siempre una sola cosa, y generalmente de muy poca importancia. La grandeza de Inglaterra es en el momento actual toda colectiva. Individualmente pequeños, no parecemos capaces de nada grande más que por nuestros hábitos de asociación, y con esto se dan por muy satisfechos nuestros filántropos morales y religiosos. Pero son hombres de otro temple los que han hecho la Inglaterra que ha sido; y hombres de otro temple

serán necesarios para impedir su decadencia.

El despotismo de la costumbre es en todas partes el obstáculo perpetuo para el progreso humano, porque sostiene una lucha incesante con esta tendencia á obrar mejor que la costumbre, que se llama, según las circunstancias, el espíritu de libertad, ó bien el espíritu de progreso y de mejora. El espíritu de progreso no es siempre un espíritu de libertad, porque puede querer imponer el progreso á gentes que no se preocupan de él; y el espíritu de libertad, cuando resiste semejantes esfuerzos, puede aliarse local y temporalmente con los adversarios del progreso; pero la única fuente infalible y permanente del progreso es la libertad, puesto que gracias á ella puede haber tantos centros independientes de progreso como individuos. Sin embargo, el principio progresivo, ya sea bajo la forma del amor ó la libertad, ya bajo la del deseo de mejorar, es enemigo del imperio de la costumbre, porque implica al menos el quebrantamiento de este yugo; y la lucha entre estas dos fuerzas constituye el principal interés de la historia de la humanidad. La mayor parte del mundo no tiene historia, propiamente hablando, porque el despotismo de la costumbre es completo. Tal sucede en todo el Oriente. La costumbre es allí en todas las cosas la última

apelación; justicia y derecho significan conformidad con la costumbre. Nadie, como no sea algún tirano ebrio de poder, piensa allí resistir el argumento de la costumbre. Y ya estamos viendo el resultado. Estas naciones han debido tener en otro tiempo originalidad; no han brotado de la tierra populosas, ilustradas y versadas en algunas de las artes de la vida; bajo todos estos respectos ellas mismas se han formado por su propia virtualidad, y eran entonces las más grandes y más poderosas naciones del mundo. ¿Qué son ahora? Pues están sujetas ó dependientes de tribus, cuyos antepasados erraban por los bosques, mientras que los suyos tenían magníficos palacios y templos espléndidos; pero sobre estos bárbaros la costumbre compartía su reinado con la libertad y el progreso. Un pueblo puede, por lo visto, ser progresivo durante un cierto lapso de tiempo y en seguida detenerse: ¿cuándo se detiene? Cuando cesa de tener individualidad. Si un cambio semejante debiese afectar á las naciones de Europa, no sería exactamente con los mismos caracteres. El despotismo de la costumbre con que estas naciones están amenazadas, no es precisamente la estacionabilidad. Este despotismo proscribe la singularidad, pero no es obstáculo al cambio, puesto que todo cambia á la vez. Nosotros hemos aca-

bado con las costumbres inalterables de nuestros antepasados. Es preciso, aún, vestirse como todo el mundo; pero la moda puede cambiar una ó dos veces por año. En este caso cambiamos por afán de cambiar y no por ninguna idea de belleza y de comodidad; pues una sola idea de belleza y de comodidad ni llamaría la atención de todo el mundo en el mismo momento, y ni se abandonaría por todo el mundo en otro momento. Mas al propio tiempo que variables somos progresivos; en mecánica inventamos continuamente cosas nuevas, que conservamos hasta que pueden reemplazarse por otras mejores. Somos demasiado impacientes en la reforma de la política, de la educación y aun de las costumbres; por más que en este último caso nuestro afán de mejorar se traduce en hacer á los otros de grado ó por fuerza tan buenos como nosotros mismos. No es precisamente al progreso á lo que nos oponemos; al contrario, nos vanagloriamos de ser los más progresivos de cuantas generaciones han existido. Batallamos contra la individualidad; creemos haber procedido maravillosamente cuando hemos conseguido que todos se parezcan; olvidando que la semejanza de una persona con otra es lo primero que nos llama la atención, ya por lo imperfecto de uno de estos tipos y la superioridad del otro, ya por la posibilidad

de producir algo mejor que cada uno de ellos, combinando las ventajas de los dos.

En China tenemos un ejemplo de gran enseñanza: una nación de gran ingenio y dotada para algunas cosas de mucha prudencia, gracias á la rara y buena fortuna de haber conseguido hace tiempo una serie de buenas costumbres; trabajo que los europeos más ilustrados han de reconocer que, hasta cierto punto, es obra de hombres, á quienes con algunas reservas, puede darse el título de sabios y filósofos. Estas costumbres son dignas de notarse también por su excelente manera de imprimir en cuanto es posible sus mejores preceptos en todos los espíritus de la comunidad; y porque aseguran á los que se han penetrado mejor de ellos la ocupación de los puestos de honor y de poder. Seguramente el pueblo que hace esto ha descubierto el secreto de la perfectibilidad humana; y hay que creer que marcha soberanamente á la cabeza del progreso universal. Y, sin embargo, es todo lo contrario. Los chinos se han hecho estacionarios; desde hace millares de años están tal como les vemos hoy; y si están destinados á mejorar algo no lo conseguirán ciertamente más que por un impulso que les venga del exterior. La obra que tan laboriosamente preocupa á los filántropos ingleses, la han sobrepujado con

creces: —hacer que todos se parezcan en todo, gobernando cada uno sus pensamientos y su conducta por las mismas máximas y las mismas reglas—he aquí el resultado. El régimen moderno de la opinión pública es, bajo una forma desorganizada, lo que son los sistemas chinos de política y de educación bajo una forma organizada; y, á no ser que la individualidad sea capaz de sacudir victoriosamente este yugo, la Europa, á pesar de sus nobles antecedentes y del cristianismo que profesa, tendrá que convertirse en otra China.

Y hasta ahora, ¿qué es lo que ha preservado á Europa de esta suerte? ¿Qué es lo que ha hecho de las naciones europeas una parte progresiva y no estacionaria de la humanidad? Su perfección superior—que cuando existe, existe á título de efecto y no de causa—no es: más bien puede decirse que es su notable diversidad de carácter y cultura. Individuos, clases y naciones han sido extremadamente diferentes; han descubierto gran variedad de vías, y en todas ellas han obtenido un resultado de valor; y aunque en cada época los que seguían estos distintos caminos hayan sido intolerantes los unos con los otros, y considerado como cosa excelente poder obligar á todo el mundo á marchar por igual ruta, á pesar de sus recíprocos esfuerzos

para impedir su desenvolvimiento natural, muy rara vez han tenido un éxito permanente; y todos, aunque cada uno á su vez, han participado de los bienes alcanzados por los demás. Según mi opinión, la Europa debe únicamente á esta pluralidad de vías su desenvolvimiento vario y progresivo. Pero empieza ya á poseer esta ventaja en grado bastante menos considerable. Marcha decididamente hacia el ideal chino de hacer á todo el mundo parecido. M. de Tocqueville, en su última é importante obra, observa cuanto más se parecen entre sí los franceses de hoy que los de la última generación. La misma observación podría hacerse respecto de los ingleses; quizá con más motivo aún. En un pasaje ya citado de Guillermo de Humboldt se designan dos cosas como condiciones necesarias del desenvolvimiento humano, porque sin ellas no podrían ser los hombres desemejantes: estas dos cosas son, la libertad y la variedad de situación; la segunda de estas dos condiciones se pierde de día en día en Inglaterra. Las circunstancias que rodean á las diferentes clases y á los diferentes individuos, y que constituyen su carácter, aumentan diariamente su semejanza. En otros tiempos, los diversos rasgos, las diversas vecindades, los diversos oficios y profesiones vivían en lo que pudiera llamarse

mundos diferentes; ahora viven todos en grado mayor en el mismo. Ahora, comparativamente hablando, leen las mismas cosas, escuchan las mismas cosas, ven las mismas cosas, van á los mismos sitios, tienen sus esperanzas y sus temores puestos en los mismos objetos, tienen los mismos derechos, las mismas libertades y los mismos medios de reivindicarlas. Por grandes que sean las diferencias de posición que aún quedan, no son nada al lado de las que han desaparecido. Y la asimilación adelanta todos los días. Todos los cambios políticos del siglo la favorecen; puesto que todos tienden á elevar las clases bajas y á rebajar las clases elevadas. Toda extensión de la educación la favorece; porque la educación sujeta á los hombres á influencias comunes y da acceso á todos á la masa general de hechos y sentimientos universales. Todo progreso en los medios de comunicación la favorece, poniendo en contacto inmediato los habitantes de comarcas alejadas, y manteniendo una serie rápida de cambios de residencia de una villa á otra. Todo crecimiento del comercio y de las manufacturas aumenta esta asimilación, extendiendo la fortuna y colocando los mayores objetos deseables al alcance de la generalidad: de donde resulta que el deseo de elevarse no pertenece ya ex-

clusivamente á una clase, sino á todas. Pero una influencia más poderosa aún que todas estas puede determinar una semejanza más general entre los hombres: esta influencia es el establecimiento completo, en este y otros países, del ascendiente de la opinión pública en el Estado. A medida que las diversas eminencias sociales, que permitían á las personas, escudadas detrás de ellas, despreciar la opinión de la multitud, se nivelan gradualmente; á medida que la idea de resistir á la voluntad del público, cuando se sabe positivamente que tiene una voluntad, desaparece más y más del espíritu de los políticos prácticos, cesa de haber sostén social para la disconformidad; y no hay en la sociedad poder sustantivo que, oponiéndose al ascendiente del número, tenga interés en poner bajo su protección opiniones y tendencias contrarias á las del público.

La reunión de todas estas causas forma una tan gran masa de influencias hostiles á la individualidad, que no es posible calcular cómo podrá defender ésta su terreno. Se encontrará con una dificultad cada vez más creciente, á no ser que la parte inteligente del público llegue á sentir el valor de este elemento, y á considerar necesarias las diferencias, ya que no mejores, aun cuando algunos las consideren como un mal.